

¿Pulsión olfatoria?

Olfactory drive?

Por Paula Blezowski

RESUMEN

El espíritu que guía este trabajo es interrogarnos acerca de la condición de posibilidad de acercarnos lo olfatorio al concepto de pulsión.

Para esta empresa se recorren las conceptualizaciones freudianas, lacanianas y de otros autores en relación a la temática.

Se hace circular a la ¿pulsión olfatoria? por los cuatro elementos de la pulsión, como así también por los tiempos gramaticales.

El intento es proponer un objeto para la misma e intentar verificarlo en la clínica.

Palabras clave: Pulsión - Pulsión olfatoria - Objeto *a* - Demanda - Caca - Moco

SUMMARY

The aim of this work is to interrogate ourselves about the possibility of considering the olfactory as another form of the concept of drive.

This study goes through Freud's, Lacan's and other authors' conceptualizations related to this subject matter.

The olfactory drive circulates around the four elements of the drive itself and around grammatical tenses as well.

The purpose is suggesting a specific object for the olfactory drive and trying to verify it in the clinical practice.

Key words: Drive - Olfactory drive - Object *a* - Demand - Excrement - Mucus

Este trabajo está pensado como una invitación al lector a adentrarse en la aventura de “husmear” en el mundo pulsional y dejarse impregnar por distintos aromas.

En el recorrido por el cuerpo erógeno, la piel va dejando espacios, en donde se recortan distintos orificios, pudiendo algunos cerrarse y otros no.

La gran mayoría fue de interés para pensar el rodeo que hace la pulsión en torno al vacío, satisfaciéndose en el mismo recorrido.

Boca, ano, ojos, oídos..., y ¿el ombligo?, ¿y **los orificios nasales**?

El ombligo y el cordón umbilical que se desprende quedarán para otro emprendimiento, mereciendo este orificio su lugar propio ya que no faltan ombligos en psicoanálisis, por ejemplo: “el ombligo del sueño”.

En esta oportunidad me interesa seguir el rastro de la nariz, o con la nariz. Recorramos junto a Freud y Lacan los cuatro elementos de la pulsión.

Pulsión concebida como **parcial**, respecto de la función orgánica, respecto a la necesidad a la que se vincula, ya que no cumple con ninguno de sus fines, ni el alimenticio, ni el sexual, ni siquiera el de conservar la vida.

El primer elemento es el **empuje**: fuerza constante, su tendencia es a la descarga.

Según Freud es la esencia de la pulsión.

Lacan recuerda que... “el *Trieb* no es el *Drang*... no es tan natural como pudiera creerse” (Lacan, 1964, p. 170).

El segundo elemento es la **meta**, la satisfacción. La pulsión siempre se satisface, a diferencia del deseo que es insatisfecho por naturaleza.

La pulsión se satisface, inclusive en

la renuncia, como sucede en la **anorexia**.

El recorrido consiste en un trayecto circular.

El siguiente elemento es la **fuerza**, la zona erógena. Se aprovecha y **transforma** un agujero real ofrecido por el cuerpo biológico.

El agujero se caracteriza por un corte, mostrando como lo pulsional proviene de condiciones dadas por el **significante**.

Podemos pensar que si el encuentro del instinto con el **lenguaje** es la condición del surgimiento de la pulsión, el instinto estará perdido para el *parlêtre*, resonando el decir... en el cuerpo pulsional.

El olfato, como sentido natural, es propio de los animales, para el cachorro humano estará perdido, dando lugar a... ¿la pulsión olfatoria?, así como el hambre, en tanto necesidad perdida, da lugar al menú o a comer la nada.

De esta manera, en la *psicosis* puede retornar desde lo real un olor al modo de alucinación, en una *histeria* puede aparecer como síntoma la pérdida del olfato (caso Miss Lucy R), un *obsesivo* como el Hombre de las Ratas, puede ser un *renifleur* (olfateador), y un *perverso* tener como fijeza de su objeto el olor.

Es evidente cómo lo olfatorio entra en juego en la sexualidad humana: en la seducción y en el placer preliminar.

En la bella obra de F. García Lorca, “*Bodas de sangre*”, el amante la dice a su amada prohibida.

“Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.”

Y por que no incluir el goce del **estor-**
nudo, que tan placentero puede re-
sultar, siendo que los europeos aspi-
rababan rapé para provocárselo artifi-
cialmente.

No es tan polémica la posibilidad de
que lo olfatorio se incluya entre los
tres elementos de la pulsión hasta
ahora mencionados, inclusive cuenta
con los orificios nasales como ¿zona
erógena?

Y por último... el más enigmático de
los elementos, y si se quiere el más
controversial: **el objeto.**

Si hasta aquí han podido esbozar una
simpatía por la pulsión olfatoria como
posible candidata al listado pulsional,
los invito a seguir haciendo camino.
Creo que vale el emprendimiento, sólo
por el recorrido, aunque no se llegue a
encontrar el tesoro escondido.

Los guías de este trayecto serán Freud y Lacan

Acompañaremos a ambos autores en
algunas de sus incursiones en el
tema.

La hipótesis principal que maneja
Freud en relación al olfato la encon-
tramos en “El malestar en la cultura”.
Sostiene que en el proceso de avan-
ce cultural, y su consecuente bipe-
destación, el hombre habría relegado
los estímulos olfatorios, tan **importan-**
tes hasta ese momento, para priorizar
los estímulos visuales. A este proce-
so lo llamó **represión orgánica** de lo

olfatorio.

De esta manera, los olores, especial-
mente los de los excrementos de
otros, pasarían a ser desagradables,
contribuyendo con el proceso de **evo-**
lución de la especie.

Agregando la condición erótica que
poseen los intensos olores genitales
para muchos pueblos, sin querer re-
nunciar a ellos.

En el “Hombre de las Ratas”, comenta
que la génesis de las neurosis podría
relacionarse con un placer olfatorio
sexual reprimido en la infancia, y a los
síntomas neuróticos, los situaría co-
mo el retorno de lo reprimido.

Si bien no continúa profundizando el
tema, nos da la pista que acerca el
concepto de *represión orgánica filo-*
genética al de represión neurótica. Le
da un estatuto a lo *olfatorio*, estatuto
en tanto *reprimido*.

Por su parte, **Lacan**, no incluye en su
listado pulsional a la pulsión olfatoria,
y por consiguiente tampoco concep-
tualiza su objeto.

En “La subversión del Sujeto” nos di-
ce: “La erogeneidad respiratoria está
mal estudiada, pero es evidente por
el espasmo cómo entra en juego”
(Lacan, 1966, p. 797).

Cabe aclarar que si bien no homologo
los conceptos de olfacción y respiración,
al compartir algunos elementos de la
pulsión, me tomo la licencia de incluir
la erogeneidad respiratoria en el re-
corrido.

En “El Seminario 6. El deseo y su in-
terpretación”, Lacan se pregunta acer-
ca de la existencia de una fase más
primitiva que las otras: la respiración.
Y responde que la respiración no in-
cluye el elemento de corte sustancial
en toda pulsión. Sostiene que la res-

piración no se corta. La piensa como ritmo, pulsación, alternancia vital.

Sin embargo, agrega, que por el orificio respiratorio puede pasar algo que es del orden del corte, de lo escandido, que es la emisión de la voz.

Pareciera que Lacan nos invita a seguir pensando acerca de lo que circula por el orificio respiratorio. Él no lo responde en forma **acabada**, pero deja traslucir la pertinencia de situar al orificio nasal como una zona erógena más, e incluye algo del corte; que es lo que produce la superficie, delimitando los agujeros como efecto de la cadena de los significantes.

Voz Activa - Refleja - Pasiva

La pulsión se sostiene en una lógica articulada a la gramática y no sólo con una zona del cuerpo real que le será ofertada.

Lacan incorpora una diferencia en lo que respecta a la voz pasiva, aduciendo la actividad de la pulsión. Aún en la supuesta fase pasiva, ironiza diciendo que el masoquista tiene que “sudar la gota gorda”.

De esta manera, las pulsiones no serán ya reversibles, distinguiéndolas del campo narcisista del amor que sí conserva la reciprocidad.

En el campo pulsional “... se trata de una pura actividad para el sujeto” (Lacan, 1964, p. 280).

De esta forma incluye la actividad en cada pulsión:

- hacerse ver
- hacerse oír
- hacerse chupar
- hacerse cagar
- **¿hacerse oler?**

Oler - Olerse - Hacerse Oler

En el primer momento es cuando aparece un nuevo sujeto, cuando la pulsión cierra su circuito.

En la fantasía primaria de coito parental, Freud hace lugar a lo visto y oído. Define a las fantasías primordiales, como un patrimonio filogenético en donde el niño fantaseador rellena las lagunas individuales con una verdad prehistórica.

Junto al ver y oír, o como dice Lacan: “espíar con las orejas”, podríamos incluir el **oler**.

Hacerse oler

Una pequeña viñeta clínica

El relato es hecho por una paciente, quien se vio sometida al olor, de aquel que se hizo oler.

La paciente: joven de 20 años, varios *actings* suicidas en su haber, es “seducida” por un profesor muchos años mayor que ella, cuando tenía 16 años. Comienzan una suerte de amorío que culmina en un “abuso” por parte del profesor.

Abuso que la paciente, hablada por el discurso paterno y el de la justicia, sostiene sólo en un comienzo, para a lo largo de las entrevistas ir reposicionándose y responsabilizándose subjetivamente.

En esa relación sexual, más que someterla a una penetración, el profesor, la somete a su olor, la induce a olerlo. Su goce estaba en **hacerse oler**, luego de no haberse bañado por varios días.

Un olfateador por excelencia ilustra los tiempos pulsionales. En este caso

se trata de un personaje de ficción: Grenouille, protagonista de *El Perfume* de P. Süskind.

El personaje es abandonado por su madre al nacer, desalojado del deseo materno es nombrado como “nada”, y su particularidad radicaba en carecer de olor.

Ya de adulto se transformó en un excéntrico perfumista, y con la intención de crear la fragancia perfecta, mata a distintas doncellas para extraerles su olor. El personaje, salpicándose con el perfume logrado, es muerto en manos, en garras, en *narices*, de una multitud que lo huele devorándolo.

Las autoras de: “Si existiera la pulsión olfatoria... su objeto sería el perfume”, realizan un interesante análisis.

Proponen que “...en el hacerse oler se hubiera cerrado el circuito, se anudaría y surgiría allí un sujeto. La pulsión dejaría de estar acéfala” (Maidac, Manavella, 1993, p.121).

Esto valdría para un sujeto neurótico, en el caso del personaje, psicótico, queda coagulado en el primer tiempo, oler.

“El objeto que no pudo ser perdido es buscado en lo real” (Maidac, Manavella, 1993, p.121).

Busca en lo real el objeto que le falta, el olor, la fragancia libidinal con que el Otro huele, desde donde el Otro desea.

El objeto

Para aquellos lectores que continúan acompañándome en la travesía, estamos llegando a la recta final, la última posta, pero... sabemos que no hay trofeo, al menos para el psicoanálisis,

el objeto no se alcanza.

Seguimos bordeando el objeto, sólo bordeándolo, ya que el objeto es falta, tiene su existencia en tanto perdido, si faltara la falta, correríamos el riesgo de angustiarnos.

Para Freud, el **objeto**, es lo más variable de la pulsión, es contingente. Conceptualizó dos objetos: el **oral y el anal**.

Lacan, a partir del trabajo con la experiencia de la psicosis, inventó otros dos objetos: *la mirada y la voz*.

El objeto *a* es algo de lo cual el sujeto para constituirse, se separó como órgano, entonces, debiera ser un objeto separable.

Podemos, desde la concepción winnicottiana de objeto transicional, pensarlo como extimidad, como no perteneciente ni al sujeto, ni al Otro.

Lacan juega con las palabras “*forma*” y “*horma*”, llamando al objeto *a* “*en-forma del Otro*”. Siendo el objeto *a* la enforma que permite producir la cadena significativa.

Desde la introducción de este concepto, la relación del sujeto con su cuerpo va a ser pensada a partir de la certeza de goce que el agujero da al cuerpo.

Sigamos las huellas de algunos autores.

Las autoras que trabajaron lo olfatorio en relación al personaje de *El perfume*, proponen: “Si existiera la pulsión olfatoria... su objeto sería el *perfume*”.

Podemos pensar al perfume como escansión del olor.

Otro autor que se acercó al tema fue Winnicott, incluyendo el olor como un elemento sustancial en el mantenimiento del objeto transicional.

Hizo elogio a la intuición materna,

permitiendo que el objeto se ensucia-
ra, conservando su olor, sin intentar
lavarlo, para no destruir el valor que
éste posee para el bebé.

Si el objeto perdiera su olor, caería
como objeto transicional, dejándose
el bebé de interesar por él. ¿Podemos
pensar el olor como intrínseco al ob-
jeto, podemos pensar el olor como el
objeto?

Por otra parte, A. Eidelstein y colabo-
radores en un novedoso libro: *La pul-
sión respiratoria en psicoanálisis*, pro-
ponen a lo olfativo como un “ropaje
posible de la pulsión respiratoria”.

Sostienen la dificultad de pensar el
aire, como objeto de la pulsión respi-
ratoria, ya que al no haber corte, no
se propondría como un buen tapón
para el agujero.

El *perfume* y el *humo* son postulados
como “*vestimentas del aire*”, que por
definición es: “ser una cosa”.

Incluyen a la *risa*, el *llanto* y el *hipo*,
como cortes del aire, pensando al
aire como separable del cuerpo, pu-
diendo éste tenerse o no.

El autor localiza a la pulsión respira-
toria “entre lo oral y lo invocante”.

Desde esta concepción podríamos
pensar el asma, como un fenómeno
psicosomático, en donde queda un
goce mal ubicado, no desalojado del
cuerpo, faltando la extracción del
objeto *a*.

El asma, al contrario de la creencia
corriente, que lo piensa como la difi-
cultad de incorporar aire, es la impo-
sibilidad de sacar el aire.

Un fragmento de una poesía de Irene
Gruss lo sitúa (Eidelsztein, 2004, p.
159):

Sobre el asma

El dolor no deja respirar,
Pesa un hueco,
El aire ocupa el hueco, el alma de
quien
La realidad es que
el aire no sale.
si exhalara... si dejara
salir
el aire
ahí afuera, y exhalara... lo poco
que uno tiene guardado
para dar
por la boca,
aquí dentro, el
alma (desespera) traga
más aire, sucumbo
por exceso.

El sujeto, en el camino de búsqueda
del objeto de la necesidad, se encon-
trará con el lenguaje, que lo hará per-
der la necesidad para adentrarlo en el
registro de la demanda.

La pulsión es justamente, la relación
del sujeto con la demanda.

Lacan propone el matema de la pul-
sión en donde encontramos a los dos
términos en implicación recíproca:
(\$◊D).

Las demandas del Otro hieren al cuer-
po en sus agujeros.

En relación a la pulsión anal, en *El
Seminario 10. La angustia*, Lacan di-
ce: “Aquí nos hallamos pues a nivel
de un reconocimiento. Lo que está allí
en esa primera relación con la de-
manda del Otro, es a la vez él y no
debe ser él, e incluso más allá, no es
de él”. (Lacan, 1962-1963, p. 312).

El excremento entra en la subjetivación
por la vía de la demanda del Otro,
cumpliendo la caca para la madre la
función de *agalma*.

Me parece que es posible emparentar la demanda del Otro en lo anal con la demanda del Otro en lo olfatorio. No por lo oloroso del excremento, que por cierto lo es, sino por la forma de subjetivación del objeto que se desprende.

¿El moco?

El moco, como excrescencia, como segregación de la producción que no es reintroducida en el cuerpo, como fluido corporal que no se expulsa sino es por la demanda del Otro.

Al bebé se le saca el moco con un aparato (saca-moco), al niño se le demanda que lo expela, enseñándole a hacerlo en el pañuelo.

El mercado trató a ambos productos, caca y moco de igual forma.

Primero los retuvo, de alguna manera en tela: pañal para las heces, pañuelo para el moco. Luego ambos fueron desechables, pañal descartable para el primero, "Carilina", para el segundo.

N. Elías comenta que en el S. XVI, se tomaba como de mal gusto mirar el pañuelo, una vez que se sonaba la nariz, como si hubieran caído perlas y rubíes de la cabeza, quizá para el sujeto lo sean, y tengan el valor de *agalma*, como pueden tenerlo las heces, resultando desagradables, sólo las excrescencias de los otros.

Hasta el lenguaje popular, utiliza a ambos términos asimilándolos, "se hizo bosta, se hizo moco".

Inclusive, la definición de "excremento", utilizado en la terminología anal, incluye: "*Cualquier materia asquerosa que despiden de sí la boca, nariz, u otras vías del cuerpo*". ¿El moco

sería un excremento?

La sociedad de consumo, comandada por el discurso capitalista, en donde el padre como amo, cae bajo la barra de la represión; en el lugar que comanda; están los sujetos neoliberales, desconociendo cual es su amo, trabajando el saber de la ciencia, produce: letosas.

Discurso que no mantiene la imposibilidad, que no vela, rechazando al inconsciente, impulsando la ilusión de apropiación del objeto; con un goce sin pasar por el Otro, produce objetos a, intentando dar sustancia a lo que es insustancial. Propone objetos como posibles, poniendo la falta, como déficit.

Son más evidentes las ofertas orales, visuales y auditivas. Aunque menos difundida, podemos encontrar mercadería anal.

Más allá de los ya conocidos consoladores de material, han salido a la venta los consoladores vivos. Para aquel que tenga el complejo del Hombre de las Ratas, puede adquirir en Estados Unidos ratas preparadas (sin uñas ni dientes) listas para ser introducidas por el ano.

A no desesperar "los nasales", también hay ofertas varias.

Empezando por la proliferación de perfumes, en donde cada famoso tiene su propia fragancia; siguiendo por la cocaína, existen "aspiraciones" para los de menos recursos: "Poxirán", gas, etcétera.

Algo menos costoso aún, es un producto especialmente diseñado para ser utilizado por los automovilistas en los semáforos en rojo. Se ofrece por decena: el inigualable "dedo para escarbar la nariz".

Miller comenta que en lo que respecta al plus de goce, como lo que colma pero no exactamente la pérdida de goce, se amplía la lista de los objetos a. Se integran los objetos de la sublimación y los de la industria.

Lacan los llama, “*nimios objetos a*”, ya que se puede gozar de ellos, sólo de a pedacitos, siendo sustitutos de goce, son “*naditas*”.

La clínica

Xavier Esque en su testimonio de pase, “Lo éxtimo empuja”, localiza al **moco** como un **plus de goce**. Sostiene haberse visto “reducido a un objeto, un moco”. Comenta haber estado pegado a un pañuelo toda su vida, a causa de una rinitis crónica y una sinusitis, incontinencia y retención.

“Ser el mocoso de Otro significaba ocupar la posición de objeto de preocupación para mi madre... también fui el mocoso de mi padre” (Esque, 2004).

Señala que lo que le cabía esperar era: o la muerte del Otro, o ser expulsado como una escoria, un moco.

“El desmontaje de mi posición de alineación respecto a la demanda del Otro decantó una primera interpretación de la castración materna” (Esque, 2004).

Así como se puede quedar reducido a excremento, como lo propulsó Hitler en los campos de concentración, por intermedio del horno crematorio, así como en el circuito económico, la degradación del hombre reductible a excremento se hace presente, pareciera que se puede también quedar reducido al objeto: moco.

El olfato, otros autores, otras culturas...

Los que han metido sus narices

Vale destacar, que por el rastreo que pude hacer, no son muchos los que han “curioseado con la nariz”.

Hay dos autores argentinos contemporáneos, que por distintas vías, postulan algo similar; esto es una “*etapa nasal*”, previa a la oral, extendiéndose según los autores hasta los tres meses de edad.

Uno de ellos, el Dr. Luis Delgado, postula al olfato como “*primer organizador del psiquismo*”. Sostiene que la simbiosis madre-hijo se sella desde lo olfatorio, inhalando ambos al otro fusionalmente según su conceptualización, al comenzar el bebé a respirar en el último tramo del canal vaginal, quedarán en sus fosas nasales restos del líquido amniótico.

Esa “madre olorosa” será el primer eslabón de incorporación del mundo externo.

Por su parte, la Dra. Flora Chade, quien se doctoró en Psicología presentando como tema de su tesis: “El olfato, un sentido olvidado”, postula también una fase: respiratoria-olfatoria. Sostiene el apuntalamiento de las funciones de autoconservación en el olfato, siendo al comienzo un medio de alimentarse, para luego transformarse en un fin en sí mismo: oler.

En el primer mes de vida el olfato alcanzaría los objetos antes que la mano o la vista. Luego, con el acceso a la motricidad, el niño reeditaría el desarrollo filogenético reprimiendo lo olfatorio.

Como crítica en relación a estas argumentaciones se puede evocar lo pre-

maturo del cachorro humano, que a diferencia del animal que se encuentra signado por la necesidad; el *infans* queda a merced del poder de la lectura del Otro, pasando al registro de la demanda. Quedando con exclusividad para el animal, el olfato como medio para alimentarse.

Los postulados de ambos autores giran, me parece, en torno al instinto, al olfato, en relación a la sobrevivencia. *El cachorro humano... bien podría morir.*

Pensar a lo “nasal” como una etapa, remitiría a la idea de evolución, desvirtuando que “El paso de la pulsión oral a la pulsión anal no es el producto de un proceso de maduración, es el producto de la intervención, (...) la inversión de la demanda del Otro” (Lacan, 1968, p. 187).

Otros autores también han dejado su estela en su recorrido olfatorio, el Dr. Fliess, amigo e interlocutor de Freud, postulo “*La neurosis refleja de origen nasal*” recibiendo severas críticas de la comunidad científica. Ferenczi, por su parte, relacionaba el olor cadavérico de alguno de sus pacientes con lo aniquilado, reprimido, que entraría en estado de descomposición.

No quise dejar de incluir el valioso aporte de estos autores aunque su mapa de ruta fuera distinto al que estamos intentando trazar.

Otros tiempos... otras culturas

El olfato ha contribuido a la difusión de las lenguas; en su anhelo de especias, perfumes y hierbas medicinales, los hombres navegaban a través de los continentes y cuando llegaban, tenían que ser capaces de comuni-

carse.

Según la tradición, los primeros perfumes, estuvieron al comienzo reservados a los dioses, luego se permitió a los sacerdotes, después a los reyes, y así sucesivamente hacia abajo en la escala social.

La primera civilización, que se sabe utilizó perfumes regularmente fue Egipto.

Los embalsamamientos y entierros de los muertos, exigían el uso de especias.

En la era isabelina, los amantes intercambiaban “manzanas de amor”. Una mujer mantenía una manzana pelada en su axila hasta que se saturara con su sudor y se la daba a su amante para que la inhalara.

Los miembros de una tribu de Nueva Guinea, dicen adiós poniendo una mano en la axila del otro, luego se frotan el propio cuerpo con ella para recibir el olor del amigo.

En otras culturas, se huelen directamente, o se frotan las narices para saludarse.

Parece que un famoso francés, le pidió a su amada en una carta que no se bañara por las dos semanas que faltaban para que se encontraran, y así poder gozar de todos sus aromas naturales. Esto le pidió Napoleón a Josefina.

En otras culturas, lo olfatorio, pareciera estar más a “flor de piel”.

Si concebimos la pulsión como a-histórica, nos resta pensar que cada época y cada cultura, vive la pulsión de un modo distinto.

El olfato

Quizá los olores evoquen el privilegio de la invisibilidad. Antes del tacto, sucede el olor, como mensajero de una esencia que sabe desaparecer en el aire y ser agente de un gran poder. La seducción que despliega el olor es implacable: se instala en nosotros y sella su poderío en los tejidos de la memoria.

El olfato es un sistema único, ya que es el sentido que mayor vinculación tiene con el mundo, es una de las principales ventanas del cerebro con el exterior. El olfato no guarda relación con la corteza gris, sede del intelecto aún en proceso de maduración en el niño pequeño; pero sí con el cerebro antiguo que regula el funcionamiento emocional, sin que el sujeto registre racionalmente sus vivencias.

Este sentido es diez mil veces más sensible que cualquiera de los otros sentidos, quienes para llegar al cerebro, tienen que viajar a través de las neuronas y la espina dorsal, mientras que la respuesta olfatoria es inmediata.

El *estímulo olfatorio* es continuo, pero contamos con lo que se denomina: *fatiga olfatoria*, que se instala por la sumación del estímulo y permite la adaptación y atenuación.

El olfato es un poderoso reforzador de la memoria, los recuerdos de olores y de elementos asociados a ellos, tienen una permanencia en la memoria más larga que las imágenes o los sonidos. Esto lo deja en una muy estrecha relación con las emociones.

Algunos psicólogos denominan este atributo fisiológico del olfato como “efecto Proust”, en honor al escritor

francés, cuyos recuerdos evocados por la fragancia de una magdalena empapada en té con pétalos de lima dieron lugar a la obra: *En busca del tiempo perdido*.

A Pinocho, le crecía la nariz cada vez que decía una mentira. Parece que a los humanos no nos crece en longitud pero sí se hincha ligeramente cuando no decimos la verdad, funcionando como un detector de mentiras natural. Esta reacción fisiológica ya se conoce como “*efecto Pinocho*”.

La nariz, pareciera ser como el oído, una zona erógena que no se cierra (no tiene párpados) y además delatora...

Es posible esconderse de la vista del otro, no hacer ruido, pero no es posible no exudar olor (sólo lo era para el personaje ya citado Jean-Baptiste Grenouille); por eso se recurre a los perros rastreadores privilegiadamente.

Para el animal: el olfato

Para el Sujeto: pulsión olfatoria...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACKERMAN, D. (1992) *Historia natural de los sentidos*, Editorial Emecé, Buenos Aires.

CHADE, F. (1994) *Un sentido olvidado*, Psicoteca editorial, Buenos Aires.

DELGADO, C. y GARCÍA, G. (1992) *La etapa nasal*, Galerna, Buenos Aires.

EIDELSTEIN, A. y colaboradores (2004), *La pulsión respiratoria en Psicoanálisis*, Letra Viva, Buenos Aires.

ESQUE, X. (2004) "Lo éxtimo empuja", *Revista electrónica de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*.

FERENCZI, S. (1932) "Diario clínico", *Conjetural*, Ediciones Sitio.

FREUD, S. (1929) "El malestar en la cultura", pp. 59-75, *Obras Completas*, Volumen XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

FREUD, S. (1909) "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", pp. 119-194, *Obras Completas*, Volumen XI, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

FREUD, S. (1916) "Los caminos de la formación de síntoma", 23ª Conferencia, pp. 326-343, *Obras Completas*, Volumen XVI, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

FREUD, S. (1915) "Pulsión y sus destinos". pp. 105-134, *Obras Completas*, Volumen XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

FREUD, S. (1920) "Más allá del principio de placer", pp. 3-62, *Obras Completas*, Volumen XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

FREUD, S. (1905) "Tres ensayos de una teoría sexual", pp. 111-223, *Obras Completas*, Volumen VII, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

KRIS, E. (1887-1902) "Los orígenes del psicoanálisis", *Cartas a Wilhelm Fliess*. Prólogo de la edición alemana. Estudio preliminar.

LACAN, J. (1958) "El Seminario 6". "El deseo y su interpretación", inédito.

LACAN, J. (1962-1963) *El Seminario 10. La Angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

LACAN, J. (1964) *El Seminario 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1987.

LACAN, J. (1969-1970) *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

LACAN, J. (1972-1973) *El Seminario 20. Aún*, Paidós, Buenos Aires, 1981.

LACAN, J. (1966) "La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo", pp. 773-807, *Escritos 2*, Siglo veintiuno editores, 1975.

LAURENT, E. *Los objetos de la pasión*, Tres Haches, Buenos Aires.

MAIDAC, E. y MANAVELLA, N. (1993) "Si existiera la pulsión olfatoria... su objeto sería el perfume", pp. 13-26, Cuadernos Sigmund Freud N° 16, Escuela Freudiana de Buenos Aires.

MARCHILLI, A. y A. V. (1985) *Una introducción a Lacan*, Lugar Editorial, Buenos Aires.

MILLER, J.-A. (2000) *El lenguaje, aparato de goce*, Colección Diva, Buenos Aires.

MILLER, J.-A. (1998) *El hueso de un Análisis*, Tres Haches, Buenos Aires.

RAYO FLORES URBINA, A. (1993) "El sentido del olfato: un enfoque biopsicosocial", pp. 28-31, *Revista Elementos* N° 19, Vol. 3.

SÜSKIND, P. (1985) *El perfume*, Seix Barral, Barcelona.

WINNICOTT, D. (1972) *Realidad y Juego*, Gedisa, Buenos Aires.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Licenciada en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Docente en la Facultad de Psicología U.B.A., desde 1992.

Adjunta en U.C.E.S (Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales).

Coordinadora del Hospital de Día en la Institución Psicoterapéutica Tempora.

Integrante del equipo Hospital de Día en el Centro de Salud Mental N° 3 Dr. Arturo Ameghino.

E-Mail: paulable@fibertel.com.ar